La familia: "Aquí se escucha"

Jaime Nubiola

Mi madre recordaba que una tarde de invierno, al recogernos a los tres hermanos en la puerta del parvulario de monjas al que íbamos, yo le pregunté: "¿Hoy no tenemos prisa?". Aquella pregunta conmovió a mi madre. Era una mujer muy hacendosa y eficiente, con muchas cosas que hacer, y probablemente todos los días nos decía: "Vamos, que tenemos prisa". Desde aquel día, procuró no dar nunca impresión de prisa al recogernos, para dar así tiempo a que le contáramos tranquilamente las pequeñas incidencias de la jornada, tal como necesitan hacer todos los niños al salir de la escuela.

Una madre es, sobre todo, una persona que quiere, y es por eso una persona que, antes que nada, escucha, aunque a veces no pueda solucionar el problema. "Imagínese una niña de cinco años —me escribía una filósofa, antigua alumna mía, reflexionando sobre su experiencia— a la que por primera vez en su vida le duelen las muelas. Llora y se queja ante quien en su universo puede y debe resolverlo todo: ante su madre. La madre le da una medicina, pero al ver que no le quita el intenso dolor lleva a la niña a una farmacia de guardia y le compra lo más efectivo para su edad. Llega un momento en que la madre ya ha hecho todo lo que estaba en su mano, pero la niña sigue quejándose del dolor a la única persona a la que puede quejarse, su madre. Aunque lo único que queda sea aprender a esperar con paciencia a que se pase, la hija seguirá quejándose y, aunque no sea nada razonable, seguirá reprochando abiertamente a su madre el que no tenga una solución para aliviarla". Todas las madres lo saben y por eso perseveran con sus caricias y sus palabras mágicas: "¡Cura, sana, cura, sana, culito de rana, si no se cura hoy se curará mañana!".

Todos han de aprender en el hogar a escucharse unos a otros. No es sólo tarea de la madre, sino también del padre, de los hermanos, de todos. El hogar no es sólo —como dice Rafael Alvira— el lugar al que se vuelve, sino que debe ser también el espacio en que de verdad a uno se le escucha. Quizás para ello haga falta bajar el volumen del televisor, poner un audífono al abuelo sordo, o crear de común acuerdo espacios y tiempos para hablar. No es aceptable que durante la comida o los ratos de estar juntos vaya cada uno con su *ipod*, pero no es tampoco aceptable que sean los mayores quienes monopolicen sistemáticamente la conversación

repitiendo historias y razonamientos que no interesan realmente a nadie. Para que en casa nos escuchemos unos a otros lo primero es simplemente poner empeño en no escucharse uno o una a sí misma, esto es, no reclamar la atención de los demás, sino sencillamente tratar de atender a lo que los demás puedan y quieran decir.

Desde aquel suceso infantil a la salida del colegio, en mi casa decíamos con mucha frecuencia: "Hoy no tenemos prisa". Con ello lo que queríamos expresar es que ese día al menos queríamos de verdad escucharnos los unos a los otros y estábamos dispuestos a dedicar a ello todo el tiempo que hiciera falta. Me parece que en la puerta de todas las casas —sobre todo en las de familias numerosas— podría ponerse un letrero parecido al que encabeza estas líneas: "Aquí se escucha".

**Jaime Nubiola es profesor de filosofía en la Universidad de Navarra (jnubiola@unav.es)*